



1020044008

DP 66

L 3

v. 14



# HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA.

## PARTE TERCERA.

EDAD MODERNA.

DOMINACION DE LA CASA DE AUSTRIA.

LIBRO I.

REINADO DE CARLOS I. DE ESPAÑA.

### CAPITULO XVIII.

MEJICO.—EL PERU.

HERNAN-CORTÉS.—FRANCISCO PIZARRO.

Descubrimientos del Nuevo Mundo despues de la muerte de Colon.—  
Vasco Nuñez, Ponce, Grijalva, Velazquez.—HERNAN CORTÉS.—Su  
patria, educacion y juventud.—Sale de Cuba á la conquista de  
Méjico.—Buques y hombres que llevaba.—La isla de Cozumél; su  
conducta en ella.—Hernan Cortés en Tabasco: célebre victoria:  
efecto de las armas de fuego y de los caballos en los indios.—La  
bella esclava Marina.—Embajadores mejicanos.—El emperador Mo-  
tezuma: sus primeros tratos con el caudillo español.—Apuros de

Cortés con su misma gente: resultados felices de su mañosa política.—Hernán Cortés en Zempoala: sumisión y agasajos del cacique.—Fundación de Vera-Cruz.—Religion bárbara de aquellos indios: sacrificios humanos: banquetes horribles.—Abolición de los sacrificios y destrucción de los ídolos por los españoles.—Efectos que causa.—Conspiraciones en el campamento español.—Heróica resolución de Hernán Cortés: quema las naves.—Cortés en Tlascalala: triunfo.—Sumisión y alianza de los tlascaltecas.—Marcha á Méjico.—Recibimiento que le hace Motezuma.—Sorpresa y alegría de los españoles.—Recelos de Cortés: prisión de Motezuma.—Destrucción de ídolos mejicanos: culto cristiano en Méjico: indignación de los sacerdotes indios.—Pámfilo de Narvaez enviado contra Cortés.—Cortés le derrota y hace prisionero.—Insurrección general en Méjico contra los españoles: combates sangrientos: muerte de Motezuma.—Desastrosa retirada de los españoles: horrible matanza: la *Noche triste*.—Hernán Cortés en Otumba.—Prodigioso triunfo.—Vuelve Cortés sobre Méjico.—Resistencia de Guatimocin.—Ataques repetidos, combates furiosos, mortandad, peligro de Cortés.—Bloqueo, hambre, sacrificio de españoles.—Captura y suplicio de Guatimocin.—Conquista definitiva de Méjico.—Otros descubrimientos de Hernán Cortés.—Disensiones y rivalidades de españoles: disgustos de Cortés.—Ingratitud de Carlos V.—Cortés en España.—Muere retirado en Sevilla.—FRANCISCO PIZARRO.—Su patria, educación y primeras expediciones marítimas.—Asociación de Pizarro, Almagro y Luque para la conquista del Perú.—Pizarro, jefe de la empresa.—Se embarca en Panamá.—Contratiempos.—Pizarro en Tumbez: riqueza del país.—Es nombrado gobernador de los países que descubriera.—Justo resentimiento de Almagro: se reconcilian.—Triunfos de Pizarro en Tumbez.—Religion de los peruanos.—Los Incas del Perú.—Derrota Pizarro y cautiva al rey Atahualpa.—Llena éste de oro la sala de su prisión para obtener su rescate.—No le sirve, y muere en garrote.—Repartimiento del oro.—Pizarro y sus españoles en Cuzco.—Riqueza inmensa que hallan en esta ciudad.—Funda Pizarro la ciudad de Lima.—Insurrección general de los peruanos: degüello de españoles.—Guerra civil entre Almagro y Pizarro.—Domina aquél en Cuzco y éste en Lima.—Artificios de Pizarro para vencer á su rival.—Le derrota y

hace prisionero.—Almagro ajusticiado por Pizarro.—Indignación que causa la crueldad de éste.—Medidas de la corte de España para atajar sus tiranías.—Muere Pizarro asesinado por los españoles.—Proclamación del hijo de Almagro en el Perú.

Aunque los descubrimientos y conquistas que en el Nuevo Mundo continuaron haciéndose después de Cristóbal Colón, exigen, para ser debidamente conocidos y apreciados, no una sino muchas historias particulares, y fuera imposible hacer de ellos una narración detenida en la general de España sin menoscabo de su unidad, creemos, no obstante, necesario dar siquiera una rápida noticia de las principales adquisiciones con que siguió enriqueciéndose la corona de Castilla, para que se conozca al menos la manera admirable como se descubrieron y ganaron los principales dominios que en uno y otro mundo llegaron á estar sujetos al nieto de los Reyes Católicos, Carlos I. de España y V. de Alemania, y las proezas que en ambos mundos á un tiempo estaban ejecutando los españoles.

Cuando Carlos de Austria unió á las coronas de Castilla y Aragón el trono imperial de Alemania, encontró acrecentados los dominios españoles que acababa de heredar, no solo con las conquistas hechas por el almirante Colón en el Nuevo Mundo por él descubiertas, sino con las que habían añadido otros nuevos aventureros que siguieron ó su ejemplo ó sus mismos pasos, conforme al espíritu caballeresco de la

época. Vasco Nuñez de Balboa, á quien han llamado el segundo gefe de aquella caballería oceánica, habia descubierto el Pacífico, vencida la poderosa barrera del ítmo. Ponce de Leon, el conquistador de Puerto-Rico, habia descubierto la Florida. Hernandez de Córdoba habia encontrado en Yucatan y Campeche indios que mostraban ser mas civilizados que los conocidos hasta entonces: y el castellano Juan de Grijalva habia tenido la gloria de poner el primero el pie en la tierra de Méjico. Gran sorpresa causó á la gente de esta espedicion enviada por Velazquez, el gobernador de Cuba, el aspecto de casas de cal y canto construidas con regularidad en el pais que nombraron Nueva España, asi como se la causó de horror el espectáculo de un templo, en cuyos altares habia diferentes ídolos de horrible aspecto, á quienes se conocia haberse recientemente inmolado víctimas humanas, y de lo cual pusieron á aquella isla el nombre de Isla de los Sacrificios. Grijalva, con arreglo á las instrucciones que habia recibido del gobernador Velazquez, no estableció colonias en el grande imperio que acababa de descubrir, y se limitó á regresar á Cuba con las muestras de la riqueza que encerraba, llevando gran cantidad de oro, armaduras de este metal guarnecidas de piedras preciosas y adornadas con plumas de colores, y otros objetos y regalos recibidos de los naturales á cambio de vidrios y algunas baratijas que les dejaron los españoles.

El caprichoso y altivo Velazquez acriminó á Grijalva y le trató con dureza por no haber establecido una colonia en el pais descubierto, siendo asi que en ello no habia hecho sino cumplir sus órdenes. Y excitada la avaricia de Velazquez con las noticias y las muestras de tan abundante riqueza, determinó enviar mayor flota y con mayor armamento para la conquista y colonizacion de aquellas nuevas regiones. ¿A quién podria encomendar el suspicaz Velazquez, y cuál sería la persona á quien fiara tan importante empresa?

Varios hidalgos la pretendieron; pero á todos fué preferido uno, que seguramente aventajaba á todos en idoneidad, en inteligencia y valor, pero que habria sido el postrero de quien Velazquez se hubiera valido, á haber previsto el éxito de tamaña empresa. Era éste un extremeño, de edad de treinta y tres años, natural de Medellin, é hijo de padres nobles, aunque no ricos, que dejando el estudio de la jurisprudencia, que en su juventud habia comenzado en Salamanca, por la inclinacion á las aventuradas expediciones al Nuevo Mundo á que el espíritu de la época arrastraba entonces á todos los jóvenes de imaginacion y de genio, se habia embarcado para la Española á principio del siglo llevando cartas de recomendacion para el sucesor de Colon don Nicolás de Ovando. Este jóven, á quien la Providencia tenia destinado á eclipsar todas las reputaciones del Nuevo Mundo, si se exceptúa la de Colon, se habia hecho célebre por sus galanterías y

aventuras amorosas. Velazquez le habia llevado consigo á la conquista de Cuba, donde se distinguió por su valor y su actividad. Su esbelto y agraciado continente, su buen humor, sus finos modales, su discrecion y gracia en el decir, y otras aventajadas prendas, asi le daban partido entre las damas como le captaban el aprecio de los soldados, y le granjeaban el afecto de cuantos le conocian. Por su genio travieso y emprendedor fué escogido por los descontentos de Velazquez para ser el alma de una conspiracion contra él, lo cual le puso varias veces á riesgo de perder la vida; escapóse de las cárceles en que se vió metido, rompiendo los grillos, escalando los muros, y acogiendo á sagrado, y del buque en que en una ocasion le llevaban preso, se libertó arrojándose á las olas y ganando á nado la orilla. Reconciliado despues con Velazquez, vivia tranquilo en Santiago de Cuba, en compañía de su esposa la hermosísima doña Catalina Juarez, labrando las tierras que le habian tocado en el *repartimiento*, y explotando las minas de oro que le cupieron en suerte, con lo cual llegó á hacer una mas que mediana fortuna, cuando fué nombrado capitan general de la flota que se destinaba á la conquista del vasto y opulento imperio mejicano. En la construccion y armamento de los buques empleó toda su fortuna particular, y todos se aprestaban á seguir gustosos al hombre que gozaba de mas prestigio entre españoles y cubanos.

Este hombre era Hernan-Cortés, el mas famoso de los conquistadores del Nuevo Mundo despues de Cristóbal Colon.

De buena gana le hubiera destituido el suspicaz y envidioso Velazquez del mando que acababa de conferirle, pero Cortés habia tenido la prevision de preparar y activar en secreto la marcha de su flota; y cuando una noche (18 de noviembre de 1518), con aviso que de ello tuvo el gobernador, corrió presuroso al muelle, halló la armada dándose ya á la vela. «¿Qué es esto? gritó á Cortés desde el muelle; ¿así os vais sin despediros?—Perdonad, le respondió el capitan, el tiempo urgía, y hay cosas que son mas para hechas que para pensadas: ¿teneis algo que mandarme?» Y continuó desplegando al viento las velas de su buque, dejando al gobernador burlado y entregado al despecho. Cuando desembarcó en Trinidad, presentóle el alcalde una órden que acababa de recibir del gobernador de Cuba, destituyéndole del mando de la flota, que habia dado ya á otro. Cortés afectó respeto á la órden del gobernador, pero mandó levar anclas, y prosiguió á la Habana. El comandante de esta plaza recibió tambien pliegos de Velazquez, en que le mandaba prender á Cortés; mas ni éste estaba dispuesto á obedecer, ni aquel mostró gran voluntad de ejecutar las órdenes del gobernador, y Cortés, seguro de la decision de su gente, bogaba la noche del 10 de febrero (1519) hácia el cabo de San Antonio, y siguiendo

do el rumbo de Grijalva, se dirigió á la costa de Yucatan y se detuvo en la isla de Cozumél.

Toda la fuerza de naves, hombres y armamento que Hernan Cortés llevaba para una de las mayores empresas que cuentan los anales del mundo, y cuyas inmensas dificultades hubieran arredrado y detenido al hombre de mas esforzado corazon si hubiera sido posible preverlas, consistian en once naves, entre grandes y pequeñas, con la dotacion de 110 marineros, 10 cañones de montaña y 4 falconetes, 553 soldados, entre ellos 32 ballesteros y 13 arcabuceros, 200 indios de la isla, y sobre todo 16 hombres montados, que era lo que constituia su mayor fuerza, por el terror que habian de infundir á los indios salvages. Puso la armada bajo la inmediata proteccion de San Pedro, santo á que tenia particular devocion, y en su estandarte de terciopelo negro bordado de oro habia hecho inscribir en derredor de una cruz roja el lema siguiente, imitacion del Lábarum de Constantino: «*Vincemus hoc signo; con esta señal vencerémos.*»

Sentimos no poder seguir paso á paso al ilustre estremeño, que casi desde que puso el pie en las regiones de Nueva España tuvo que luchar con tales y tan ímprobos y continuados trabajos, que habiéndoles dado feliz cima con razon ha podido llamársele el Hércules del Nuevo Mundo. Viósele ya en la isla de Cozumél, tan político guerrero como fervoroso apóstol del cristianismo, dominar á los naturales, ya con el

halago, ya con el terror, derribar los ídolos de sus templos, hacer á los indígenas presenciar absortos y callados las ceremonias sagradas del culto cristiano, y dejar derramada la luz de la fé en aquellos isleños; vencer los indios en la embocadura del Grijalva; marchar por entre mil dificultades y peligros hácia lo interior del pais; apoderarse de la gran ciudad de Tabasco: tomar posesion de ella á nombre del rey de Castilla; triunfar despues con su diminuta hueste en batalla campal de un ejército de cuarenta mil indios (25 de marzo, 1519) en el sitio con justicia nombrado *Santa Maria de la Victoria*; convertir al dia siguiente en sumisos súbditos del monarca español los que acababan de pelear como arrogantes y terribles enemigos; recibir el homenaje de los caciques de la provincia, que le ofrecian como dádivas propiciatorias su oro y sus mas bellas esclavas. Hernan Cortés en Tabasco apareceria una figura mitológica, un héroe fabuloso, si á tales hazañas no hubieran seguido otras aun mas heróicas, otras aun mas prodigiosas realidades. No es estraño que los españoles victoriosos en Tabasco, asombrados ellos mismos de su triunfo, creyeran haber visto al santo Apóstol patron de España pelear en su favor contra los infieles; lo mismo se contó en otro tiempo de los de Clavijo, porque los efectos de una fé fervorosa en las imaginations de los hombres son los mismos en todas las partes del mundo.

Bien conocemos lo que influyó en tan portentosa victoria el estruendo y el fuego de la artillería y mosquetería, que tanto asustó y tanto estrago causó á los indios que por primera vez veían y experimentaban los terribles efectos de aquellos nuevos truenos y rayos lanzados por manos de hombres, así como la sorpresa y espanto que les causaron la especie de monstruos que se les representaban en los ginetes y caballos, que creían ser una misma cosa, al modo que los antiguos gentiles representaban sus centauros. Pero aun así, sin la habilidad, el denuedo y la serenidad de Cortés, y sin el valor de sus capitanes y soldados, no hubiera sido posible arrollar con un puñado de hombres aquellas imponentes y numerosas masas de indios, que al cabo peleaban con arrojo, manejaban armas terribles, acometían con ímpetu, se reemplazaban sin aprensión, y no carecían de cierta táctica de guerra, ni eran tan inciviles y salvages como los indios de otras regiones.

De gran recurso y de utilidad inmensa sirvió á Cortés en sus expediciones sucesivas la mas bella de las esclavas que le regalaron en Tabasco. Sin los auxilios de la jóven y hermosa Marina (este fué el nombre que se le puso despues), que como hija de un cacique mejicano, entendía y hablaba el idioma de los países que los españoles fueron recorriendo, ni Cortés hubiera podido entenderse en San Juan de Ulúa con los generales y enviados del gran emperador Mo-

tezuma, soberano del vasto imperio de Méjico, que le llevaban regalos y presentes de gran valor, y le preguntaban quién era y con qué objeto visitaba aquel imperio, ni hubiera podido marchar sino á ciegas por países que no conocía y entre gentes á quienes no tenía medio de entender. Pero la Providencia pareció haberle deparado en Marina un genio tutelar, que comenzando por intérprete, pasando luego á ser su confidente y secretaria, para concluir por hacerse dueña del corazón del ilustre caudillo, fiel siempre á los españoles, fué su mas eficaz y útil auxiliar, y sacó al atrevido conquistador de los mas apurados y críticos trances.

La conducta de Cortés con los embajadores mejicanos; sus discretas respuestas; su mezcla de dulzura y de energía, alternando entre los halagos y las amenazas; sus contestaciones á Motezuma, ya blandas y apacibles, ya fuertes y belicosas, segun el tono con que le hablaba el gran emperador; el tráfico que en forma de regalos sostenía con los indígenas, en que á trueque de fruslerías iba recogiendo una inmensa riqueza en cajas llenas de joyas y piedras preciosas, en cascotes colmados de oro puro, en finísimas telas de algodón, en planchas circulares de oro y de plata maciza de grandes dimensiones con que los mejicanos representaban el sol y la luna; la oportunidad con que supo hacer evolucionar sus escasas tropas ante los caciques indios, para que vieran el fuego del ca-

ñon y oyeran su estampido y el silbido de sus balas, y la facilidad con que los ginetes manejaban los formidables cuadrúpedos; el disimulado ardid con que procuró que los pintores aztecas pudieran llevar á Motezuma dibujos exactos de sus armas, trages y pertrechos, para que tuviera una muestra de su poder; el toque de la campana y la escena de arrodillarse los soldados ante la cruz para dar una idea á los indios de las ceremonias del cristianismo, y ocasion para explicarles las excelencias de su doctrina; todo revelaba en Hernán Cortés, no ya solo un guerrero intrépido y un aventurero audaz, sino un hombre de genio superior y un político diestro y astuto.

No menos político, y aun mas mañoso con los suyos, manejóse tan hábilmente con los descontentos que murmuraban de que los tuviese en tan abrasado é insalubre clima, y con los partidarios de Velazquez que intrigaban para hacerle volver á Cuba, que aquello mismo que parecia ponerle en el conflicto mas estremo, y dar al traste con todos sus designios de engrandecimiento y de gloria, supo Cortés convertirlo en provecho propio, en afianzamiento de su autoridad y en general entusiasmo por su gefe. Su renuncia del mando ante el ayuntamiento de la *Villa-Rica de la Vera Cruz*, que acababa de fundar y establecer, para salir nuevamente nombrado capitán general por aclamacion popular, fué un golpe maestro de política que afirmó su poder y desconcertó á Velazquez.

Las murmuraciones se convirtieron en aplausos, los conspiradores en súbditos sumisos, y todos gritaron «¡Viva Cortés!»: trasformacion admirable, que no hubiera podido hacer un talento vulgar.

Una embajada de indios de Zempoala se presenta al caudillo español á invitarle de parte de su cacique á que vaya á su ciudad, porque desea ser aliado y amigo del extranjero, cuyas proezas en Tabasco han llegado á su noticia. Acepta Cortés la propuesta, y se pone en marcha con su pequeña hueste. Atraviesan primero desiertos paises y abandonadas poblaciones; entran luego en una fertilísima comarca, especie de paraíso, regado de limpios riachuelos, vestido de bosques frondosos, tapizado de olorosas plantas, y esmaltado de vistosas flores: llegan á Zempoala, y el lustre de las paredes de las casas hace á los españoles la ilusion de una ciudad fabricada de plata: el pueblo los rodea con una curiosidad pacífica y aun afectuosa; un obeso personaje, que escita la hilaridad de los españoles, pero cuyas insignias mostraban ser el cacique, recibe á Cortés con demostraciones de benevolencia y alegría: le revela que desea liberar su pais del tiránico yugo de Motezuma, cuyo despotismo querian tambien sacudir muchos vasallos del imperio: Cortés escucha con secreto gozo tan importante revelacion; ve en ella un camino que se le abre para apoderarse del inmenso imperio mejicano: contesta al cacique que él es el enviado por

el grande emperador de Oriente, el poderoso rey de España, para esterminar los opresores de aquella parte del mundo: el cacique recibe con lágrimas de júbilo la declaracion del estrangero, le ofrece de nuevo su amistad, y Hernan Cortés cuenta ya con un poderoso aliado entre los indios. El cacique de Quiabislan se le somete igualmente, y reduce á prision á seis ministros de Motezuma que de parte de su amo se presentaron á reconvenirles de traidores. La política de Cortés saca partido de este suceso; pone á los prisioneros en libertad y los envia á Motezuma, para que vea que el general español es el libertador de sus propios vasallos.

Satisfecho Cortés con la adquisicion de tantos súbditos para la corona de Castilla, funda entonces entre Quiabislan y el mar la verdadera ciudad de Vera-Cruz, que habia de servir de punto de apoyo para las operaciones futuras, de almacen de provisiones y de puerto para los buques, y determina llevar adelante su arriesgado plan de marchar hasta la capital del imperio mejicano. Mas poco faltó para que su ardiente celo religioso comprometiera su empresa. Resuelto á abolir los horribles sacrificios de víctimas humanas que aquellos indios inmolaban á sus dioses, haciéndole el entusiasmo de la religion olvidar por un momento su ordinaria y prudente política, accedió al deseo manifestado por sus soldados de derribar á la fuerza y hacer pedazos los ídolos de los templos.

Informados los indios de la intencion de los españoles, preséntanse todos armados y en tumulto, dando horribles gritos, mezclados con ellos los sacerdotes con sus largas vestiduras y sus destrenzadas cabelleras tintas de sangre. Cortés por medio de su intérprete la bella Marina, hace anunciar á caciques y guerreros, que si una sola flecha se lanza contra los españoles, ellos y todo el pueblo serán irremisiblemente degollados. Asusta tan terrible intimacion á los tumultuados, y cincuenta soldados españoles, á una señal de su caudillo, suben al templo, echan á rodar sus ídolos, vasos y altares, en medio de los sollozos de la aterrada muchedumbre; lánanse las paredes salpicadas de sangre humana; en el sitio en que habia estado el ídolo principal se coloca una cruz y una imagen de la Virgen: una misa y una procesion solemne terminaron aquella ceremonia, y como los indios vieron que el fuego del cielo no consumia á los profanadores de su templo y á los destructores de sus divinidades, enmudecieron atónitos, y aquella accion y el espectáculo de las ceremonias cristianas, les hicieron el mismo efecto que á los de la isla de Cozumél.

Necesitaba el atrevido espedicionario dar un origen legítimo á su autoridad, y precaverse contra el encono y la arbitrariedad de Velazquez. A este fin despachó á España un buque con pliegos y cartas para el emperador Carlos V., noticiándole todo lo



ocurrido desde su salida de Cuba, solicitando la aprobacion de su conducta y la confirmacion en el cargo de capitán general, y manifestando su confianza de conquistar para su corona el vasto y opulento imperio de Méjico. Pero otro suceso, el mas grave de cuantos le habian acontecido, estuvo á punto de frustrar otra vez su gigantesca empresa. En su mismo campamento se habia fraguado una conspiracion entre sus desafectos, á cuya cabeza se hallaba el religioso Juan Diaz; aunque descubierta oportunamente por uno de los conjurados, y castigados los principales, dejó en su alma una sensacion profunda. Temiendo que quedase vivo en su cortísima hueste el gérmen del descontento y la semilla de la insubordinacion, y para quitar á los cobardes y á los desafectos toda esperanza de salir con su idea, tomó la resolucion mas enérgica, mas atrevida, mas desesperada, pero tambien la mas heroica que ha podido jamás concebir un hombre. Sin que lo supiese su pequeño ejército, le cortó toda posibilidad de retirada, hizo demantelar los buques, barrenarlos, destruir toda la flota, *quemó las naves*, como ha llegado á decirse proverbialmente; «rasgo, dice con razon uno de los historiadores de la conquista, el mas insigne de la vida de este hombre memorable. La historia ofrece ejemplos de parecidas resoluciones en circunstancias críticas, pero ninguna en que las probabilidades del éxito fuesen tan eventuales y la derrota tan desas-

trosa. Si hubiera sucumbido, se hubiera mirado como un raptó de demencia. Y sin embargo era fruto de maduro cálculo. Habia jugado en este golpe su fortuna, su reputacion, su vida, y era menester arrosstrar las consecuencias....» Espúsose Cortés á ser víctima de una soldadesca furiosa y desesperada, pero el impertérrito caudillo arengó con tan vigorosa elocuencia á sus tropas, que obrando en ellas la mas completa y maravillosa conversion, y produciendo un entusiasmo portentoso, todos esclamaron á una voz: «¡á Méjico! ¡á Méjico!» El hombre que de este modo sabia obrar, merecia bien la conquista de un grande imperio.

Para tales gefes y con tales soldados, parece no haber empresa imposible. La de Hernán Cortés no lo fué, aunque por tal la hubieran tenido todos. Veamos los resultados de esta heroica determinacion, ya que no nos sea dado referir sus pormenores. La república independiente de Tlascal, enclavada en medio del imperio mejicano, declara la guerra á los españoles á escitacion de su gefe el valeroso jóven Xicotencal, pero la espada invencible de Cortés triunfa en Tlascal como triunfó en Tabasco. Un caballo español acribillado de flechas cae muerto en el campo de batalla. Un indio le corta la cabeza, y la pasea por el campo clavada en una pica, gritando con júbilo: «¿Lo veis? estos monstruos no son invencibles.» Xicotencal envia al campamento de los españoles un

regalo de gallinas y otras viandas, haciendo decir á Cortés que aquellas provisiones son para que engorden sus soldados antes de ser sacrificados á sus dioses, y para que su carne fuese de mejor gusto, porque se proponia saborearse con ella en compañía de sus principales guerreros. Riéronse los españoles de la fanfarronada y comieron alegremente las provisiones enviadas por el arrogante tlascalteca. Una batalla y otra victoria de los españoles abatió un poco la soberbia de Xicotencal. «Los españoles, hijos del sol, decian los sacerdotes indios, deben toda su fuerza á los rayos de este astro; combatidlos de noche, y vereis cuán débiles son.» En virtud del consejo de estos magos dieron los tlascaltecas un ataque nocturno; mas como pereciesen en él millares de indios, ellos mismos comenzaron por sacrificar á sus dioses algunos de sus embusteros profetas; convenciéronse de su inferioridad, convidaron con la paz á los españoles, les ofrecieron su amistad, hizo Hernan Cortés una entrada pomposa en Tlascala (23 de setiembre, 1519), y desde entonces los tlascaltecas fueron sus mas firmes y leales aliados.

No así los de Cholula. A invitacion del mismo Motezuma pasó Cortés á esta ciudad, y mientras los cholulanos festejaban á los españoles, una horrible conspiracion se tramaba para caer traidoramente sobre ellos y esterminarlos. El genio tutelar de Cortés, la bella Marina, la descubre, la denuncia, y salva al

caudillo y al ejército. Cortés se dejó arrebatarse en esta ocasion de la cólera, y ordenó una matanza que no cesó sino cuando se cansaron de degollar los soldados; primer ejemplo de crueldad, que despues desgraciadamente fué seguido de tantos otros.

Prosiguió Cortés su atrevida marcha á Méjico, donde el emperador, irresoluto ya y tímido, les fué dejando acercar. Grande fué la sorpresa de los españoles al encontrarse en un inmenso y delicioso pais, donde se divisaba un gran lago semejante á un mar, poblado de ciudades que parecian salir del seno de las aguas. Ya no se acordaron mas de los trabajos que habian sufrido, ni pensaron sino en los tesoros que iban á recoger por término de sus afanes; y no es maravilla que esclamaran como dicen: «*esta es la tierra de promision.*» Mayor y mas agradable fué su asombro al ver al gran emperador Motezuma salir á recibirlos, sentado en su silla de oro en hombros de cuatro principales señores del imperio, con su largo manto de finísima tela de algodón sembrado de joyas y pedrería, su corona de oro en forma de mitra y sus sandalias de oro macizo tambien. Cuando los mejicanos vieron á su emperador, que apenas bajaba la cabeza ante sus dioses, saludar respetuosamente al caudillo extranjero, ya no dudaron que aquellos hombres eran una especie de *teules*, que era el nombre que daban á sus divinidades. Cortés y Motezuma entraron juntos en la ciudad (8 de noviembre, 1519), y los espa-

ñoses se quedaron absortos de verse en una población de veinte mil casas, con calles anchas y regulares, jardines, templos, plazas y mercados, circulando por ella un inmenso gentío. Hernán Cortés había realizado su gigantesca empresa; y sin embargo ahora que se hallaba en la capital del imperio mejicano, le pareció más difícil que nunca su destrucción.

En medio de las atenciones y agasajos de que Cortés era objeto en aquella ciudad imperial, desconfiaba de Motezuma y de su pueblo, y los avisos de los tlascaltecas que los conocían bien, le confirmaban en lo falso y arriesgado de su posición. ¿Qué sería de aquel puñado de españoles en medio de una capital populosa, si los mejicanos cortaban los puentes de las calzadas y rompían los diques del lago? Llegó en esto la siniestra nueva de que un general mejicano llamado Qualpopoca había invadido las tierras de los indios confederados, atacado la escasa guarnición española de Vera-Cruz que salió á protegerlos, muerto siete soldados y herido al gobernador Escalante; y que la cabeza de un español era paseada por los pueblos para mostrar que aquellos extranjeros no eran inmortales. Cortés se cree en el caso de tomar una resolución enérgica y decisiva, como lo eran todas las suyas, y se apodera de la persona de Motezuma á quien supone cómplice, y le lleva cautivo al cuartel de los españoles. Qualpopoca y sus capitanes

vienen á poder de Cortés, y un tribunal los condena á ser quemados vivos: la ejecución se realiza: «el crimen ha sido espiado,» le dice Cortés á Motezuma, y le manda soltar los grillos que le había puesto,

Dueño el general español de los tesoros de Méjico, cobrándose por él los impuestos de la nación, declarado el emperador azteca feudatario del rey de Castilla, y en manos de Cortés su autoridad, parecía haberse concluido la conquista del imperio mejicano. Pero muy imperfecta en verdad hubiera sido la obra del conquistador cristiano, si se limitara á la material adquisición de un territorio. ¿Había de tolerar que siguieran aquellos abominables sacrificios, á aquellos banquetes horribles de carne humana, que los mejicanos ofrecían á sus dioses cuando tenían hambre, y que los hombres devoraban á nombre de los dioses con bárbaro placer? Propúsose Cortés abolir aquellos ritos inmundos, y hacer conocer á aquellas gentes el culto suave y humanitario del cristianismo. En el cuartel de los españoles se limpió el ara sangrienta de un templo; en lugar del dios sanguinario de la guerra se colocó la imagen de la madre del Dios de paz, y donde había estado la tajante cuchilla del sacerdote azteca presentó el sacerdote cristiano á la adoración del pueblo la hostia pacífica y el signo de la redención de la humanidad. Pero otra vez el celo religioso puso á Cortés en trance y peligro de perder todo lo ganado, porque un pueblo sufre mejor cualquier